

LA FAMILIA Y LAS ESTRUCTURAS DE LA PERSONALIDAD



Dr. ABEL NARANJO VILLEGAS

La Ciudad Antigua" de Fustel de Coulanges (Fustel de Culanye) se inicia con un himno a la familia que es todo un tratado de Sociología. Estas son sus palabras:

"Si con el pensamiento nos transportamos hasta convivir con estas antiguas generaciones de hombres, nos encontraremos en cada casa un altar, y en torno del altar la familia congregada. Cada mañana se reúne para dirigir el hogar las primeras oraciones, cada noche para invocarlo una postera vez. En el decurso del día también se reúne cerca de él para la comida, que se distribuye piadosamente luego de orar y hacer la libación. En todos sus actos religiosos canta en común los himnos que sus padres le han legado".

Y añade Fustel de Coulanges (Fustel de Culanye): "Fuera de la casa, pero muy cerca, en el vecino campo, hay una tumba. Es la segunda mansión de esta familia. Allí reposan en común varias generaciones de antepasados: la muerte no los ha separado. Permanecen unidos en esta segunda existencia, y siguen formando una familia indisoluble".

Podría hacerse sobre estas palabras una especie de homilía para descubrir que las cepas de la ciudad, simbólicamente hablando, es decir, todo lo culto que poseemos, la raíz de todas las instituciones que nos dan seguridad cuando no holganza, está en ese pequeño núcleo racial que llamamos la familia.

Padre, madre y hermanos constituyen ese núcleo que tiene en miniatura y exaltado hasta la máxima tensión de afectos cuánto de noble hay en la sociabilidad del hombre.

En ella está el origen de la escuela porque no hay enseñanza más rica y fecunda que la que hemos recibido en ese pequeño centro de actividad familiar.

En la familia aprendimos el idioma en que nos expresamos; las primeras nociones con que determinamos por números la extensión del universo.

En el seno familiar conocimos el impulso del pasado en la historia que labios unciosos nos contaron, abriéndonos la llave del pasado; aprendimos a vivir con los demás y a mirar a nuestro prójimo como hermano, tolerando las diferencias con nuestros propios parientes y dejando en la magistratura de los padres la solución de los conflictos.

Del hogar nacieron nuestra conducta para saber lo que era bondadoso y lo malvado; nuestra actitud ante lo noble y lo hermoso lo recibimos en lecciones ingenuas, sin técnicas ni escuelas en la apreciación que oímos de labios maternos o paternos sobre un cuadro, una música, un verso o una acción heroica.

Si hiciéramos un balance de lo que hemos acumulado en conocimientos a través de largos estudios en una vida, nos encontraríamos, con sorpresa, que la zona más fecunda de nuestra edad, aquella en que recibimos más conocimientos y sensaciones para enriquecer nuestra existencia, fue en el hogar, con unos padres que no eran especialistas en pedagogía pero que tenían su profundo sentido en la ternura y en su deseo de procurar nuestra felicidad.

Nuestros padres fueron los maestros más cargados de sabiduría, los más eficaces transmisores de una persona-

lidad, los que tuvieron sobre nosotros el mayor poder formativo. Sin que nos diéramos cuenta, sin sacrificio de nuestra parte, nos enseñaron a expresarnos en un idioma que utilizamos para la vida temporal y nos sirve para la comunicación unciosa con la divinidad.

A través, pues, de ese núcleo familiar nos vinculamos con el pasado y el porvenir, nos insertamos al pueblo con el que vamos a ser solidarios toda la vida y nos convertimos en responsables de una o varias vidas.

Por eso allí donde la vida familiar declina, puede asegurarse que hay una sociedad que se está disolviendo.

La familia no es, por eso, un fortuito accidente biológico que apareció para el hombre en la historia, sino un encuentro decisivo con el universo de la cultura.

Cuando los sociólogos hablan de las unidades socio-culturales tienen que nombrarlas como una de las más elevadas formas de coexistencia social y como el almácigo donde nacen y crecen las virtudes que van a hacer memoriosa una sociedad.

Ninguna exageración hay, pues, al decir que en ese pequeño circuito que es la familia están contenidas todas las normas que hacen al ciudadano perfecto.

Quien abdica un poco de su propia personalidad e intereses económicos en beneficio de su compañera o compañero y de los vástagos que resultan de esa unión, está ya entregando a la sociedad una cuota que lo hace partícipe de sus beneficios y consideraciones. Está ordenando una conducta asociada que lo prepara al convite de la sociedad más amplia, desatándole sus escondidas energías, su generosidad y su sentido de la tolerancia y afecto por quienes son iguales a él.

Con cuánto afecto miramos a esos progenitores no es tampoco cuestión de poca monta o reconocimiento bio-

lógico a los antecedentes genéticos. Es el sacrificio permanente que nos produjo a nosotros, que hizo nuestro ser espiritual, desde que un día nos engendraron, cuidaron celosamente nuestro nacimiento, vivieron pendientes de nuestra incógnita infancia, tutelaron nuestra adolescencia, pubertad y juventud, hasta entregarnos ya formados para que la sociedad se sirviera de nosotros en su engrandecimiento y honra.

Cuando los preceptos sagrados nos imponen honrar a padre y madre, nos indican la naturaleza de aquella institución familiar.

Porque la honra supone no solo el poder nombrar a nuestros progenitores con orgullo de ser personas de conducta irreprochable, sino que las virtudes de ellos en nosotros son capaces de promover la atención de los demás para investigar de qué origen vienen ellas, quiénes fueron aquellas

dos personas que nos las transmitieron o nos hicieron aptos para adquirirlas.

Todo lo que hacemos de meritorio en la vida, es una honra que acumulamos a sus nombres y todo cuanto hagamos vituperable cae sobre sus vidas o sus tumbas como una condena.

Porque esa es otra dimensión de la sociedad familiar. La de las tumbas.

La familia no es solamente la familia viva sino la familia muerta, aquella que sigue gravitando sobre nosotros, a través de los recuerdos y nos exalta y sostiene con el vigor de lo que trascendió, de lo que está allende nuestro círculo temporal.

Ese sentirnos solidarios con algunos que ya han logrado su definitiva espiritualización por la muerte, nos hace más vivos, más despiertos a las incitaciones de la nobleza, de la tolerancia, de la generosidad y el desprendimiento para convivir con los semejantes.

Industrias Modelo Ltda.
TRANSFORMACION DE PAPELES Y CARTONES

PRODUCTOS MODELO, "MODELO DE PERFECCION Y CALIDAD"
CUADERNOS ESCOLARES "MODELO"

"EN LA ESCUELA, SU SEGUNDO MAESTRO"

"EN SU CASA, UN COMPAÑERO DE ESTUDIO"

DISTRIBUIDOR PARA COLOMBIA

PORQUE TENEMOS FE EN COLOMBIA, HEMOS ABIERTO UNA SUCURSAL MAS EN BOGOTA, Carrera 10a. Calle 17 Esquina y que ofrecemos al Comercio, La Banca, La Industria y las Entidades Oficiales para su progreso permanente.

SUCURSALES:

BOGOTA - CALI - MEDELLIN - BARRANQUILLA - Y BUCARAMANGA

